

Discurso de orden del miembro de número doctor Franklin Pease García Yrigoyen

La historiografía peruana nació con la República. A lo largo del siglo XIX, junto con la construcción del Perú independiente, fue formándose la imagen histórica del Perú. No es que la misma no existiera anteriormente, pero los republicanos iniciales sintieron la misma necesidad de los franceses posteriores a la Revolución de escribir una historia que hiciera justicia a la misma. Por ello, quizás antes que por otra cosa, y a la par que se escribió la historia de la Independencia y la historia republicana inicial, los hombres que fundaron la República alimentaron apasionadamente una imagen del pasado que venía desde tiempos coloniales tardíos: los Incas se convirtieron en los orígenes gloriosos y ejemplares, totalmente remotos, mientras la colonia se perfilaba como un período de opresión, labrándose la imagen de una sociedad convertida en el sujeto pasivo de una historia importada. Tal sujeto pasivo estaba conformado por criollos y andinos, gente de todas las sangres, pero específicamente los andinos, que después de la guerra de Tupa Amaro se convirtieron paulatinamente en los herederos degradados de antiguas grandezas.

Tal versión coincidía con la idea del progreso que se construía en la Europa académica y política, que incluía naturalmente las élites urbanas ilustradas y “modernas” de los países de lo que hoy se llama América Latina (en realidad es hispánica y portuguesa: la América francesa fue colonizada con pautas similares a la anglosajona, es decir, estableciendo sociedades importadas al lado, no entre las americanas preexistentes). Ello no impidió, por cierto, la coexistencia de un discurso heroico sobre el pasado glorioso de los Incas con una notoria incompreensión de la sociedad andina posterior.

La *Revista Peruana*, fundada por Mariano Felipe Paz Soldán en 1879, fue la primera tribuna real donde la naciente historiografía nacional encontró su sede. Fue heredera de una tradición inaugurada por el *Mercurio Peruano* a fines del siglo XVIII y continuada por la *Revista de Lima* a mediados del

siglo XIX. En ellas, como en otras publicaciones, se hizo visible la presencia de una intelectualidad criolla preocupada por una explicación científica del Perú. Entre los colaboradores de la *Revista Peruana* se llegaron a contar algunos de los que, años más tarde, fundarían el Instituto Histórico del Perú (nombre originario de la actual Academia de la Historia), como José Antonio de Lavalle.

Los conflictos internacionales marcaron el interés por la historia en el Perú, tanto en la fundación de la *Revista Peruana*, como en el nacimiento del Instituto Histórico. En el caso de este último, fue la tensión existente en la frontera con el Ecuador en los primeros años del siglo XX. El nacimiento de la *Revista Histórica*, órgano del flamante Instituto Histórico, expresó la urgencia de constituir el pasado como experiencia. Sus primeros números presentaron polémicas que indicaban el cambio generacional y nuevas preocupaciones. José de la Riva-Agüero y Manuel González de la Rosa discutieron en torno al Inca Garcilaso (1906 y después), lo que estaba en discusión eran diferentes concepciones del trabajo histórico. Riva-Agüero disponía de un mayor andamiaje académico universitario, aunque su formación personal excedía la de las aulas; González de la Rosa era un historiador amateur, apasionado, intuitivo y brillante, con una notable capacidad para descubrir documentos inéditos. Pero lo que trasuntaban los artículos de los primeros números de la revista del Instituto Histórico era la preocupación por la ausencia de trabajo historiográfico sobre la colonia, justamente en momentos en que se requería de nutrida documentación y específico análisis sobre la forma como se habían constituido las fronteras del Perú republicano: la investigación debía orientarse hacia la época hispánica en los Andes, pues los documentos del final de aquellos tiempos eran los que demostraban que la frontera entre los virreinos del Perú y de la Nueva Granada había sido decidida en los años iniciales del siglo XIX. Se comprendía que las transformaciones finales del estado colonial daban origen a la configuración del espacio nacional. La preocupación estuvo más presente en los hombres que constituyeron el Instituto Histórico. Víctor Andrés Belaunde, miembro del Instituto desde 1908, dedicó mucho tiempo a la investigación que le permitió escribir *La constitución inicial del Perú ante el derecho internacional* (1942).

Al fundarse el Instituto Histórico del Perú se definió por una sola frase del Decreto Supremo que lo creó: "Considerando: Que conviene propender a la formación de la Historia nacional"¹. El objeto del Instituto se centraba en la investigación, la edición de obras históricas sobre el país, la obligación de proponer al gobierno lo conveniente para el conocimiento, difusión y progreso de las ciencias históricas, dar a conocer al gobierno su opinión en asuntos de interés (se refiere obviamente a los temas fronterizos), conservar los monumentos

1. *Revista Histórica*, I, p. 110.

nacionales y tener a su cargo el Archivo Nacional. Precisó dichos criterios el primer Presidente del Instituto, Don Eugenio Larrabure y Unanue; en su discurso recordó los afanes históricos de los cronistas y de los historiadores que, dentro y fuera, se ocuparon del Perú. Lamentó la ausencia peruana en las cercanamente naciendo reuniones internacionales de historiadores americanistas. Estableció relaciones con la Arqueología, dio pautas de su visión de la historia colonial y criticó la que consideraba anarquía republicana; hablando de la historia de sus tiempos, afirmaba: "Triste es el cuadro que ofrece el Perú durante las guerras civiles [republicanas]. Hemos visto disolver la Legislatura, arrasar los campos de cultivo, destruir e incendiar a cañonazos las ciudades, arruinarse el Tesoro, surgir un semillero de reclamaciones diplomáticas y, gastadas las fuerzas sociales, ser impotente el país para detener la marcha triunfal del invasor." Se refería, claro está, a la Guerra del Pacífico, y reclamaba certeramente: "es preciso hacer con calma la relación crítica de todos estos acontecimientos, investigar sus verdaderas causas, deducir sus enseñanzas, e inculcarlas en el corazón de la juventud"². Presentaba al Instituto como heredero de las obras escritas por Mariano Felipe Paz Soldán y Manuel de Mendiburu, por Antonio Raimondi y Sebastián Lorente. No olvidaba Larrabure una reflexión sobre la poca atención que el país prestaba a sus objetos históricos y arqueológicos, así como a los tesoros bibliográficos. Sobre los bienes arqueológicos denunciaba la exportación incontrolada (él mismo había iniciado una campaña de protección en la prensa). Precisó: "Aquí, cansados estamos de verlo, llega cualquier viajero, toma una cuadrilla de peones y se echa a desenterrar momias y objetos, sin permiso de nadie, como si estuviese en casa propia, para no dejar más que el recuerdo de su paso"³. Sigue siendo una preocupación hoy, cuando con frecuencia se discute el papel tutelar del estado sobre el patrimonio, cuando se observa la huaquería y el saqueo indiscriminados, cuando no el robo, y la consiguiente alimentación del tráfico internacional de piezas arqueológicas o artísticas.

Los fundadores del Instituto Histórico pertenecían a generaciones distintas. Los jóvenes, como Riva-Agüero, eran parte de la generación de postguerra, influida por el evolucionismo de Spencer y el positivismo. La influencia "arielista" encarnada en José Enrique Rodó, proporcionaba un matiz romántico. Cercanos a Riva-Agüero se encontraban los hermanos García Calderón -Francisco y Ventura-, los hermanos Belaunde -Víctor Andrés y Rafael-, José Gálvez, Oscar Miró Quesada, Felipe Barreda y Laos. La "generación del 900" marcó la historiografía peruana.

2. "Discurso del Presidente del Instituto Señor Don Eugenio Larrabure y Unanue", *Revista Histórica*, I, pp. 134-135.

3. *Revista Histórica*, I, p. 129.

Un libro importante definió la reflexión sobre el país: *Le Pérou contemporain* (1907) de Francisco García Calderón. Sin ser propiamente un libro de historia, profundizó distintos aspectos de la formación histórica del Perú. Jorge Basadre anotó, alguna vez, que en este libro de García Calderón se encontraba el germen de importantes meditaciones sobre el país, tales como los trabajos de Víctor Andrés Belaunde y aun los 7 ensayos de José Carlos Mariátegui. La obra de Francisco García Calderón influyó, ciertamente, en la interpretación histórica de inicios de siglo.

Con el nacimiento de la *Revista Histórica* se aprecia la ampliación del horizonte de la investigación. La publicación de la tesis sanmarquina de Víctor Andrés Belaunde, *El Perú antiguo y los modernos sociólogos* (1908), dejaba entrever que la nueva generación descubriría temas y, a su manera, los Andes. En 1910 Riva-Agüero publicaba *La Historia en el Perú*, una obra singular que, como recordó Basadre, inauguró un análisis historiográfico en profundidad. Fue seguido por una serie de trabajos que consolidaron su posición como el gran historiador de su generación.

Con Riva-Agüero y con Belaunde, especialmente con el último, se ampliaba a comienzos de siglo una distinta problemática sugerida por las investigaciones de autores como el alemán Heinrich Cunow, que dieron origen a nuevos criterios para entender las sociedades andinas, en especial a los Incas. Cunow fue uno de los iniciadores de los estudios sobre la organización social andina, y la influencia en Belaunde es más nítida, sobre todo en los trabajos iniciales como *El Perú antiguo y los modernos sociólogos*, así como en sus posteriores estudios que analizaron la presencia de los Incas en la región amazónica (1911).

La denominada “cuestión indígena” o “el problema del indio”, se relacionó tempranamente con las preocupaciones de la generación del novecientos. Se sabe que la primera edición de *Horas de Lucha* de Manuel González Prada (1908) apareció sin el ensayo titulado “Nuestros indios”, que tantas veces ha sido presentado como el origen del indigenismo moderno. En cambio, en el Centro Universitario limeño presidido por Oscar Miró Quesada de la Guerra se dio comienzo a la discusión académica sobre el hombre andino en el siglo XX. Allí, en 1908, Belaunde hizo saber que: “La cuestión social del Perú es la cuestión indígena; ningún pueblo puede renunciar a su destino y el del Perú es resolverla cualesquiera que sean los obstáculos y los sacrificios que haya que hacer para vencerlos”⁴. La postura de Belaunde asumía la integración y

4. Víctor Andrés Belaunde, *La realidad nacional*, París 1931, p. 28; también Pedro Planas, *El 900. Balance y recuperación*, Lima 1994, pp. 58-59, n.3.

reclamaba, naturalmente el respeto que se debía al pasado y presente de los hombres andinos, incluso frente a los criterios evolucionistas de entonces, que anunciaban su necesaria desaparición. No debe olvidarse que en 1909 el propio Centro Universitario estuvo estrechamente ligado al nacimiento de la Asociación Pro-Indígena.

La producción historiográfica de inicios del siglo rescató, de esa manera, dos temas que siguen teniendo vigencia en la producción histórica contemporánea del Perú. De una parte el requerimiento de una mayor investigación sobre las sociedades andinas y, de otra, la necesidad de rescatar una historia colonial peruana. El primer tema alcanzó a ser tratado por los estudios de Max Uhle, que aparecieron en los primeros números de la *Revista Histórica*, pero también se incluyó, desde los volúmenes iniciales de la revista, documentos de especial valor, como algunos de los informes del Licenciado Polo de Ondegardo, los escritos de fray Reginaldo de Lizárraga, y algún estudio de Sebastián Barranca sobre temas lingüísticos. De otro lado se investigaba en torno a los cronistas y autores de textos bilingües coloniales, como Francisco de Avila, fray Luis Jerónimo de Oré o el jesuita Blas Valera. Allí ingresaron, ciertamente, los conocidos textos de la ya mencionada polémica entre Riva-Agüero y González de la Rosa. En lo que refiere a la colonia surgieron múltiples estudios monográficos, entre los que destacaron los de Enrique Torres Saldamando y José Toribio Polo, pero también se incluyeron en la revista artículos de autores que se ocupaban de la Amazonía peruana, como Jenaro Herrera y Rodolfo Schüller.

Así, las tareas de investigación que acogía la revista empalmaban con los trabajos efectuados en el Archivo de Límites de la Cancillería, inaugurado originalmente como una oficina técnica. En este Archivo, D. Carlos Larrabure y Correa trabajó y editó una importantísima colección de documentos sobre la Amazonía⁵.

La historiografía peruana se desarrolló de diversas maneras en el siglo XX, a lo largo de los 90 años del Instituto Histórico del Perú y de la Academia de la Historia. He mencionado la aparición del interés por los hombres andinos, el mismo desarrolló específicamente después, cuando un movimiento intelectual amplio —el indigenismo— atravesó los horizontes culturales americanos. Tenía ciertamente antecedentes desde el siglo XVI, cuando discípulos de Bartolomé de las Casas iniciaron una cruzada en defensa de los derechos de los americanos originarios, que se perfiló de diversas formas, entre ellas, el conflicto con la administración en defensa de los “señores naturales” —los curacas— andinos, y

5. Carlos Larrabure y Correa, *Colección de Leyes, Decretos, Resoluciones y otros documentos oficiales referentes al Departamento de Loreto, formada de orden suprema*, 18 tomos, Lima 1907.

se manifestó a lo largo de la colonia en diferentes oportunidades, también en los tensos años del siglo XVIII. En el XIX resurgió, en páginas de *El Comercio* de Lima, donde se publicaba una "Sección Indios" que recogió noticias y pronunciamientos, incluso pequeñas obras como la que Francisco de Paula González Vigil escribiera en defensa de Las Casas; debe añadirse las polémicas publicadas en diversos medios, como las que rodearon la aparición de libros como los del jesuita Ricardo Cappa, combatido por Ricardo Palma y otros escritores.

En nuestro siglo, el primer movimiento indigenista se definió en Lima en torno a la Asociación Pro Indígena. Pero fue en el grupo Resurgimiento del Cuzco, en el cual Luis E. Valcárcel tuvo una presencia indiscutible, donde se alcanzó una perspectiva histórica influyente, con los trabajos y el magisterio de Valcárcel en las Universidades del Cuzco y Lima. Valcárcel dio inicio a una línea de trabajos históricos que pronto alcanzó dimensión multidisciplinaria, cuando dicho autor llevó a cabo investigaciones arqueológicas originadas en crónicas, y donde empleó asimismo informaciones orales, acercándose a la etnología. Hay una línea específica, reconocida por Valcárcel en sus Memorias, entre las investigaciones de Riva-Agüero y las suyas propias: el redescubrimiento de los Incas bajo nuevas categorías. Ambos académicos escribieron en la *Revista Histórica*, si bien las obras más conocidas de Valcárcel fueron sus libros, de amplia difusión en la enseñanza universitaria: *Historia de la Cultura Antigua del Perú* y *Etnohistoria del Perú Antiguo*. Allí tuvo nacimiento una línea distinta, la Etnohistoria. Los diversos estudios de ésta se hicieron inicialmente al margen de la Academia de la Historia (pues Valcárcel publicó prioritariamente en otras editoriales, San Marcos, y en la *Revista del Museo Nacional*). Después de treinta años, la historia andina ha adquirido espacio propio, incluso en la misma Academia de la Historia (María Rostworowski, Franklin Pease).

La historiografía sobre el período hispánico ha sido, ciertamente la más amplia en los 90 años de la vida de la Academia de la Historia. Académicos como el padre Rubén Vargas Ugarte terminaron por definir una síntesis del período colonial, mientras otros muchos (el propio Riva-Agüero, Rafael Loredó, Raúl Porras, Manuel Moreyra y Paz Soldán, Aurelio Miró Quesada, Guillermo Lohmann, entre otros) publicaban monografías sobre asuntos específicos de historia colonial. La historiografía preocupó seriamente a diversos autores (Riva-Agüero, Miró Quesada, Porras), y definió el universo de los cronistas; la historia monetaria y los montos de producción de Potosí alcanzaron importantes contribuciones (Moreyra y Paz Soldán), así como la minería de azogue de Huancavelica (Lohmann); las instituciones coloniales, como el corregimiento, fueron ampliadas posteriormente al estudio de los oidores y cabildantes (Lohmann); se abrió un temprano análisis de la descendencia de la élite incaica

(Ella Dunbar Temple). La Academia dio cabida a muchos trabajos más que cubren un índice nutrido de la revista.

La historia del Perú independiente había sido un tema importante desde los tiempos de Mariano Felipe Paz Soldán, pero en el siglo XX, Jorge Basadre dio una nueva dimensión a su conocimiento y discusión, ampliando el ámbito de su obra hasta la década de 1930. Sus libros rediseñaron el espacio histórico de la República. Sin embargo, la historiografía sobre los tiempos republicanos ha tenido menor interés que otros temas en la vida de la Academia, excepción hecha de algunos temas monográficos de particular interés, como el valioso ensayo de Jorge Basadre sobre la experiencia histórica peruana, el ámbito monetario y bancario en manos de Carlos Camprubí, las apuntes precisas de Félix Denegri Luna, o el tratamiento más reciente de asuntos diversos (Félix Alvarez Brun, Percy Cayo), que compartieron los temas del siglo XIX con historiadores dedicados al período de la Independencia (José Agustín de la Puente, César Pacheco, y otros).

La revista de la Academia se ha convertido en una fuente importantísima para la historia del país. Ello no quiere decir, por cierto, que ha abarcado todos los asuntos de interés; por ejemplo la Guerra del Pacífico, la demografía o la historia reciente no han despertado el interés que pudiera suponerse, aunque al mismo tiempo destacan paulatinamente algunos temas que sí tuvieron un énfasis especial, como el mestizaje, tema sobre el cual la Academia organizó un importante Congreso Internacional. De otro lado, algunos temas específicos ocuparon el interés de los Académicos, dentro y fuera de la Institución; me refiero a la enseñanza de la historia. Años atrás, informes concretos, como los de Riva-Agüero, Belaunde o Porras precisaron asuntos de importancia sobre textos de enseñanza y concursos para premios nacionales; estudios de Basadre incidieron en el sentido de la experiencia histórica (sin perder de vista su proyección a la enseñanza).

Los últimos 30 años han permitido apreciar nuevas direcciones en la investigación histórica peruana, al mismo tiempo que surgían espacios metodológicamente novedosos y, también, las ideologías teñían sectores del espectro de trabajos realizados. Parte de ese tiempo coincidió con una cierta crisis en la propia vida de la Academia, que disminuyó al desaparecer el patronazgo del Estado sobre la misma desde la década de 1970. Creció la investigación en universidades y centros de investigación, y el esfuerzo principal de la Academia de la Historia se concentró en el mantenimiento de la *Revista Histórica*.

En ese tiempo, la investigación histórica en el país se transformó y modernizó. Hubiera sido deseable que tal crecimiento de la producción historiográfica hubiera sido consistente, pero como siempre ocurre, buena parte

de él fue circunstancial, a la vez que un grupo de autores, especialmente algunos vinculados a una perspectiva sociológica, hicieron una historia conjetural que debilitó la imagen de la historia republicana y, especialmente, la de la historia reciente. Pero también se privilegió la denuncia sobre el análisis, continuando una peligrosa tendencia que surgió durante el largo gobierno del Oncenio leguista; entonces, prácticamente como un arma de la lucha política enconada, se estudió el Partido Civil y sus anteriores gobiernos desde la perspectiva de sus más encarnizados enemigos. Aprovechando, como siempre la incapacidad estatal para poner en servicio archivos contemporáneos, historiadores de aquel tiempo prefirieron únicamente fuentes partidarizadas. No existiendo una adecuada y actualizada información pública sobre el manejo del Estado, la historiografía sobre el siglo XX inicial sustentó muchas veces sus opiniones sobre la base de versiones coyunturales y así, escribieron historias de elogio o diatriba. Sólo en años recientes se han desarrollado tesis universitarias que arrojan más y mejor luz sobre la historia del Partido Civil y sus gobiernos; pero la crítica sesgada del Partido Civil se extendió, y quedó señalada una suerte de costumbre funesta que prestigió la visión partidista —cualquiera que sea— que no sólo altera la vida republicana en general, sino deja la penosa impresión de una historia mutilada, si no tendenciosa. Muchos años atrás, Jorge Basadre reclamaba la atención de sus lectores acerca de aquellos que sólo querían ver en la historia republicana un muladar o una charca maloliente, una secuela de gobiernos corruptos o una desastrosa ineficiencia⁶. Tales puntos de vista, ácidamente criticados por Basadre, han terminado por configurar en los hombres y mujeres de generaciones más jóvenes una versión catastrófica de la república peruana, al mismo tiempo que se extiende una ausencia del respeto por el pasado, convertido así en objeto de vituperio.

La crisis de la enseñanza de la Historia del Perú desde la década de 1970, que incluyó la pauperización de los textos de enseñanza, la disminución de las horas de dictado para materias históricas, la confusión con la historia del resto del mundo y hasta la penetración ideológica, ha producido ese efecto que considera la experiencia histórica inexistente o vituperable. Sólo se salvan del deterioro los Incas, convertidos desde la Independencia en un pasado glorioso pero lejano y no identificable con el presente. Lo que se ha perdido es la noción de la continuidad histórica.

Se aprecia en el universo de los libros publicados en los últimos años, un menor interés comparativo por la historia republicana. Parte de ello se debió, sin duda alguna, al predominio avasallador de una obra gigantesca como la

6. Jorge Basadre, *La promesa de la vida peruana y otros ensayos*, Lima 1958, especialmente p.51. Véase también las páginas preliminares a las últimas ediciones de la *Historia de la República del Perú*.

Historia de la República de Jorge Basadre, cuya presencia motivó que la mayoría de los trabajos de difusión —y aun investigaciones puntuales— se sustentasen en ella; pero también —y específicamente— en el descuido en la organización de la información republicana, especialmente la del siglo XX, y al hecho conocido que muchos de los estudios que se han realizado sobre épocas recientes (en realidad desde el inicio del gobierno de Leguía, y aun antes), sustentan sus afirmaciones sobre hechos gubernamentales en resúmenes periodísticos o en opiniones personales, no siempre —¿casi nunca?— amparadas por documentación más elaborada. Así, los estudios sobre nuestra historia republicana reclaman con urgencia la organización de los archivos y la sistematización de la información.

Es oportuno mencionar que la falta de la misma, inaccesible en los repositorios oficiales que sólo recientemente están incorporando documentación del siglo XIX tardío al uso público, es una traba descomunal para los estudios serios sobre la presente centuria. El historiador que se interesa por el siglo XX en el Perú aún no puede acceder en los archivos nacionales a la documentación de los primeros 40 años del siglo actual, y algunos sectores, como Justicia y Educación, finalizan en el Archivo en 1909, mientras otros (Gobierno) lo hacen en 1856⁷. De tal forma entorpece ello la investigación, que se ha podido apreciar en casos recientes, cómo es posible y preferible estudiar la política exterior peruana sobre la base de la documentación del Archivo Nacional de los Estados Unidos de América, y no sobre inexistente o inaccesible documentación peruana: tal cosa se aprecia en algunas obras, como el muy reciente libro de Ernesto Yepes sobre el Tratado con Chile de 1929⁸. Por cierto que se requiere la urgente organización de un archivo del siglo XX, que reúna y clasifique la documentación pública, tan amenazada no sólo de un deterioro rápido, o aún de su destrucción, sino también porque, se afirma, no se conservan en repositorios oficiales (es decir, no se sabe dónde están) documentos políticos de épocas recientes, como el gobierno militar de 1968-80. Es obviamente un atentado contra la memoria del país que no ingresen seria y ordenadamente al Archivo General de la Nación —ni a otros repositorios públicos reconocidos— documentos tan importantes como las Actas de los Consejos de Ministros anteriores a 1945 (para hablar de los 50 controversiales años que amparan el secreto de los documentos personales), que se haya interrumpido la edición de los Diarios de Debates del Congreso y las Memorias de los Ministerios, sin que haya un cuidado elemental en la organización y conservación de los archivos respectivos. La preocupación no es ociosa, ¿es

7. Archivo General de la Nación, *Guía del Archivo Histórico*, Lima 1987.

8. Ernesto Yepes, *Para que no se repita. Cómo se negoció el Tratado de 1929*, Lima 1993.

que los historiadores del futuro tendrán que fabular la historia del Perú de nuestros días?

La historiografía peruana ha desarrollado en la segunda mitad del siglo XX en espacios específicos; ya mencioné el caso de la historia andina, pero ciertamente debe añadirse en este aspecto nuevos trabajos sobre la historia andina colonial temprana (Liliana Regalado) y también los primeros atisbos de una historia de las mentalidades (Manuel Burga).

La historia económica ha perfilado su estrategia y sus criterios desde que tantos años atrás, Emilio Romero escribiera una síntesis importante sobre la misma. Numerosas puertas han sido abiertas con los trabajos de Pablo Macera, y Manuel Burga (las haciendas, también el guano). Los mejores estudios recientes sobre este tema se han dedicado a la colonia y al siglo XIX; con relación a la primera, un último libro de Margarita Suárez ingresa en la economía bancaria, y, respecto al último, el interés por el guano y el tiempo que Basadre denominó de la "prosperidad falaz" ha sido consistente, especialmente en la década de 1970 (Shane Hunt; Heraclio Bonilla). La economía exportadora ha atraído el interés de diversos autores, pero justamente allí se aprecia la poca utilización de materiales de archivo, reemplazados por resúmenes contables. Se debe notar, sin embargo, el nuevo interés por la historia bancaria y financiera (Alfonso Quiroz). Otros temas económicos han atraído el interés de los especialistas jóvenes, como la economía minera republicana (Carlos Contreras, José Deustua).

Los movimientos sociales adquirieron un interés específico a partir de un incremento del interés por las rebeliones del siglo XVIII (Carlos Daniel Valcárcel, Luis Durand Flórez, Scarlett O'Phelan, Stefano Varese). Dicha centuria congrega algunos de los esfuerzos más recientes (Cristina Mazzeo) y nuevas tesis universitarias anuncian el mantenimiento del interés.

La historia republicana alcanza alguna difusión en obras generales recientes, pero se nota vacíos en muchos aspectos distintos de la economía, más trabajada. Al igual que la historia política, nos faltan estudios sobre la historia territorial (los hay sobre asuntos fronterizos recientes: Juan Miguel Bákula entre otros); carecemos de una versión moderna de la Guerra del Pacífico, si bien se ha estudiado la ocupación de Lima y la de Tacna (Margarita Guerra, Raúl Palacios).

La enseñanza de la historia tiene entre manos formar una comprensión (y asunción) del pasado. Cuando en los meses finales del gobierno de Velasco se decretó la confiscación de la prensa, se cubrió con la violencia de ese acto una polémica que apenas surgió: una carta —publicada en La Prensa— firmada, entre otras personas, por Jorge Basadre y Luis E. Valcárcel, reclamaba que

no se disminuyera la enseñanza de la historia del Perú; en realidad, que no se dejara de enseñar y no se reemplazara por elucubraciones favorables a la cancelación del pasado, en lugar de su comprensión. El asunto es importante, pues puede comprobarse hoy que la carencia de enseñanza de la historia ha erosionado seriamente la conciencia histórica del país. So capa de mejor comprensión de los actores sociales, se reemplazó la historia por un galimatías que, en muchos casos, era una incitación a la lucha de clases⁹. ¿Sorprende entonces la vinculación de Sendero Luminoso con el magisterio y la escuela? ¿Cuál fue el porcentaje de maestros que fueron captados por Sendero? ¿Cuánto de la enseñanza escolar sectorializada políticamente colaboró a que Sendero tuviera tantos adeptos en edad escolar? No es la primera vez que la violencia alimentada por un léxico instaurado en la enseñanza o divulgado por mil medios genera y respalda la violencia: en los primeros años de la década de 1930, el Apra y su proclamada lucha de clases generó posiblemente la muerte de un cercano porcentaje de la población peruana que el que conocemos en los últimos años.

Es serio, entonces, el asunto de la enseñanza de la historia. No puede aceptarse emplearla como revancha, o como sustituto de la justicia, o como alimentadora de utopías. Es preferible recuperarla, asumirla. Hablar del pasado es hablar de la experiencia. La experiencia histórica nos permite comprendernos como nación¹⁰. Por ello es imprescindible que la investigación, y específicamente la enseñanza de la Historia haga posible asumir el pasado total como experiencia integradora del país, en todos sus aspectos, los positivos y los negativos —que dependen, por cierto, de la interpretación. Citando a Basadre, debemos fundar en la enseñanza de la historia peruana una juventud “que rechace el “escapismo”, que se alce sobre lo inmediato utilitario y que supere al progresismo abstracto y al sociologismo positivista de sus antepasados. Una juventud que no se deje aplastar en la lucha por la vida, que no se disipe en la frivolidad, que no se malbarate en la búsqueda del medro egoísta, que no se esterilice en el sectarismo, cáncer que ha roído a sus hermanos mayores. Una juventud tonificada con una emoción de historia, la historia de nuestro tiempo y la historia nuestra, no la que yace polvorienta en los museos, ni la que se memoriza desorientadamente en las cátedras, sino la otra, la verdadera, la vital, la que enseña cómo el Perú fue durante muchos siglos un

9. Opiniones calificadas lo perciben: “Mientras que la propuesta de ‘derecha’ transcurre por los medios de comunicación como la TV o la prensa escrita, la de ‘izquierda’ se difunde mediante el aparato educativo” (Gonzalo Portocarrero, “Educación e identidad nacional: de la propuesta etnocida al nacionalismo andino”, *Debates en Sociología*, 17, 1992: 25).

10. Véase el esclarecedor artículo de Jorge Basadre, “Notas sobre la experiencia histórica peruana”, *Revista Histórica*, XIX (5-40), Lima 1952.

país señorial y eminente que posteriormente desaprovechó grandes oportunidades y olvidó sus glorias. Una juventud que inserte su entusiasmo y su fe para la persecución de esa historia ilustre, movilizando la enorme riqueza potencial de ensueños y de empresas que alberga este suelo ungido por los siglos. Una juventud que rechazando los dogmas importados, formule sus puntos programáticos en forma simple, concreta y coherente, basándose en una voluntad afirmativa del destino nacional, frente a los que se hallan al servicio de fuerzas internacionales, sean ellas las que sean, y empapando ese querer existencial en el estudio de nuestros mapas, nuestras estadísticas, nuestros censos, así como de la salud, el alimento, la vivienda y la cultura del hombre, la mujer y el niño peruanos.”¹¹ Nuestra memoria sistematizada debe ser así la base de la construcción del porvenir: no podemos olvidar el pasado, y menos denigrarlo sistemáticamente y en bloque. Si el pasado es sólo vituperable o se pierde, será comprensible que los jóvenes descubran que el futuro no tiene sentido.

11. Basadre, *La promesa...*, pp. 33-34.